

SERIE PECADOS V



Rey de la **ENVIDIA**



ANA HUANG

CROSS
BOOKS

SERIE PECADOS



Rey de la
ENVIDIA

ANA HUANG

1

Ayana



—Felicidades. La mitad de las personas que hay aquí quiere matarte y la otra mitad quiere ser tú —me dijo mi prometido rozándome la mejilla con los labios—. Eso sí que es todo un logro.

—No sé yo si debería enorgullecerme por eso —dije por lo bajo, sin separar apenas los labios. Seguí sonriendo con firmeza. La gente nos estaba mirando—. Sobre todo, por lo segundo.

—Cuando la lista de invitados es un quién es quién del mundo de la moda, sí —respondió—. Suscitar envidia entre una multitud como esta es un don. Aprovéchalo, MoDA.

Exhalé riendo.

—Estás más orgulloso de este título tú que yo.

«MoDA» era la abreviación de «Modelo del año». Me habían entregado ese prestigioso título hacía ocho meses y Jordan seguía sacándolo a colación a la mínima que podía.

—¿Qué quieres que diga? Demuestra que tengo buen ojo —contestó guiñándome uno—. Me acuerdo del momento en que Hank le dijo a todo el mundo que había encontrado «la cara del siglo» en una fiesta universitaria cualquiera en Washington D. C. Y mírate ahora.

Al oír aquella mención a mi agente, me tembló la sonrisa, pero me recompuse enseguida.

—Eso de «la cara del siglo» no sé yo, pero esto es muchísimo mejor que una casa de fraternidad llena de gente sudada, clarísimamente.

Le di un sorbo al champán y paseé la vista por el jardín exterior. Estábamos celebrando un cóctel de finales de verano (cuyos anfitriones éramos nosotros) para Jacob Ford, los icónicos grandes almacenes de lujo que fundó el abuelo de Jordan hacía más de cincuenta años.

Gracias a Jordan, pude dar el gran salto como modelo cuando me dio la oportunidad de ser la embajadora de la marca hacía cuatro años. La envergadura y el éxito de esa campaña, exclusivamente de esa, me abrieron más puertas que yendo de *casting* en *casting* y aceptando pequeños proyectos en dos años enteros. Les debía mi carrera tanto a él como a Jacob Ford.

Para la fiesta de hoy, Jordan había alquilado una preciosa azotea con jardín. Iban pasando camareros con bebidas, el sol brillaba y la mitad de los invitados nos estaban mirando mientras se cubrían la boca con las manos y susurraban (algunos con más discreción que otros). Jordan tenía razón. Los había que querían matarme; estaba segura.

El mundo de la moda era despiadado como el que más. Mi ascenso a la fama a lo largo de los últimos años y el hecho de que me prometiera con uno de los solteros más atractivos de Nueva York no les había hecho demasiada gracia a muchas de mis compañeras. Amigos tenía pocos. Y amigos de verdad, menos todavía.

Las cosas eran así y punto. Sin embargo, a veces me lamentaba por la vida que habría tenido de no haberme convertido en una figura tan visible.

—Oh, oh... —Jordan entró en tensión—. Misil a la vista. Prepárate o te dejará hecha trizas.

Mi breve instante de melancolía estalló como si fuera una más de las burbujitas de la bebida. Seguí el consejo de Jordan y me preparé para el impacto, pero también esboqué otra prieta sonrisa.

Con la indomable Orla Ford no había que tomarse nada a risa. A pesar de que Jordan fuese el director ejecutivo de Jacob Ford, su abuela era la accionista principal y la matriarca familiar. Gobernaba el clan Ford desde su finca en Rhode Island y su capacidad de conseguir que la mitad de Manhattan acatase sus órdenes a más de trescientos veinte kilómetros de distancia eran un claro ejemplo del firme carácter que poseía.

—Vosotros dos sois los anfitriones de esta fiesta, ¿no? —preguntó mientras se nos acercaba.

La mujer de ochenta y cuatro años se había vestido de forma elegante con su traje de flores y su collar de autor de diamantes y esmeraldas; sin embargo, cuando una la tenía cerca, se podía apreciar que estaba agotada. Tenía las mejillas chupadas y le temblaban muy sutilmente las manos.

Aun así, ella seguía con la cabeza bien alta y orgullosa, y entrecerró los ojos mientras esperaba a que le respondiéramos.

—Sí, abuela —contestó Jordan, desprovisto ahora de liviandad alguna.

—¿Y por qué estáis aquí, en una esquina y de risitas como si fuerais un par de adolescentes en lugar de estar haciendo lo que hacen los anfitriones? —señaló marcando bien la última palabra antes de chasquear la lengua—. Tenéis a Dante y a Vivian Russo aquí. A Stella Alonso. Id a hacer contactos. Ahora estáis prometidos; ya tendréis tiempo suficiente para hacer cosas de pareja luego.

Al oír el tono de voz con el que pronunció eso de «cosas de pareja», me subió el color a las mejillas. Jordan dejó su

copa en una mesa que quedaba cerca y salió. Yo hice ademán de seguirlo, pero su abuela me colocó una mano en el brazo para detenerme.

—Tú no, cielo. Todavía no. —Me miró perspicaz de arriba abajo—. Estás divina.

—Gracias —contesté feliz.

Los cumplidos por parte de Orla eran más bien escasos. Yo nunca me tomaba su aprobación a la ligera.

Llevaba un minivestido de gasa de color amarillo azafrán de la colección de su propia marca. Me había alisado el pelo con la técnica *slik press*, de modo que las sueltas ondas de mi melena me caían en cascada por encima de los hombros, y aquellos tacones que desafiaban la mismísima gravedad hacían que le sacase cinco centímetros de más al metro ochenta y tres de Jordan. Eran descabelladamente caros, pero tan bonitos que no me había podido resistir.

Cada uno tiene sus perdiciones, y las mías eran los zapatos y los perfumes. También me gustaba hacer punto, pero me salía todo tan deformado que aún no le había hablado de ese *hobby* en concreto a nadie.

—Quería hablar contigo porque no solemos vernos mucho en persona —comentó Orla—. Ya sé que tú y Jordan lleváis bastante tiempo prometidos... Dieciséis meses, si no me equivoco. Pero... —Dudó un poco y exhaló sibilante.

Casi alargo la mano para asegurarme de que estaba bien, pero ella siguió al cabo de un segundo como si nada.

—No he tenido la oportunidad de darte la bienvenida a la familia como es debido. —Me agarró la mano entre las suyas—. Me pasé años pensando que Jordan no iba a encontrar jamás a la persona adecuada. Es el único nieto que tengo y estaba... preocupada. Cuando salía con alguien, solo duraban unas cuantas semanas. Me preocupaba que, cuando por fin fuera a llevarnos a alguien a casa, fuera a ser una cortesa-

na que hubiese pillado por ahí. Me alegro muchísimo de que no fuera el caso y de que esté contigo. —Orla me acarició la mano—. Hacéis una pareja preciosa. Y sé que lo cuidarás bien. —Sonaba sincera, aunque un poco triste.

Hice caso omiso del comentario ese de «una cortesana» (a fin de cuentas, la mujer tenía ochenta y pico años) y camuflé mi confusión con otra sonrisa.

Orla no era una persona sentimental y ya me había dado la bienvenida a la familia hacía más de un año, en la fiesta de compromiso. A lo mejor se le había olvidado...

—Muchísimas gracias, Orla. Ha sido usted encantadora conmigo desde que anunciamos el compromiso. Estoy, eh..., encantada de formar parte de su familia.

En el caso de que se diera cuenta de mi pequeño lapsus verbal, no hizo alusión alguna a ello.

—¿Cómo no, cielo? Tenía que decírtelo en persona. No podía confiar en que fuera a hacerlo mi hija. Lo único que se le da bien a ella es gastarse mi dinero e ir de ligue en ligue, cada cual más espantoso. —Desvió la vista hacia un lado—. Anda, mira, Buffy Darlington. Disculpa, tengo que ir a saludarla.

Orla me dio una última palmadita en la mano y se marchó.

Cuando se hubo ido, pestañeeé. «¿Qué narices acaba de pasar?».

—Pareces traumatizada. ¿Qué te ha dicho? ¿Te ha echado la bronca porque con estos tacones estás más alta que yo? —Ahora que su abuela se había ido, Jordan volvió a aparecer a mi lado cual fantasma que se materializa de la nada. Él la adoraba, pero la mujer también lo tenía aterrado—. Ya sabes lo tiquismiquis que es con las apariencias. Que la mujer sea más alta que el hombre no queda bien y blablablá...

—A ver, cuando voy plana mido metro setenta y ocho, o

sea, que estaría la cosa complicada —bromeé—. Pero no, no ha dicho nada de los tacones. —Le resumí la conversación por encima—. Ah, y no quiero alarmarte, pero... ¿está bien? La he visto un poco pálida y no paran de temblarle las manos.

Jordan arrugó la frente.

—Seguro que no es nada. Estuvo engripada la semana pasada y aún se está recuperando. Aunque, como era de esperar, insistió en coger un vuelo para asistir a la fiesta. Se apunta a lo que sea con tal de poder alardear de la empresa y de nuestro compromiso. —Se tragó el *whisky* escocés que tenía en la mano—. Hablando del tema: no te olvides de que hemos quedado con Vuk para cenar el viernes y comentar algunas cosas sobre la boda. He reservado mesa en ese nuevo bistró que han abierto en West Village.

El champán se me revolvió en el estómago.

Vuk Markovic y Jordan habían compartido habitación en la universidad y sería el padrino de boda de Jordan. No lo conocía demasiado bien, pero las pocas interacciones que habíamos compartido hasta la fecha no es que hubiesen sido las más agradables del mundo, que se diga. De hecho, estaba casi convencida de que el hombre me odiaba.

No tenía ni idea de por qué. Yo siempre me había mostrado cordial y amable con él y jamás había prestado atención alguna a los rumores que corrían por ahí acerca de que ese poderoso director ejecutivo tal vez estuviese involucrado en negocios bastante más turbios que el hecho de dirigir la destilería más importante del mundo.

Jordan era uno de los mejores hombres que conocía. Conectamos cuando yo estuve trabajando en la campaña de Jacob Ford y llevábamos siendo amigos desde entonces. No le pediría que fuese su padrino a alguien que no fuera de confiar. ¿No?

—El viernes en West Village. Apuntado —respondí—. Me sorprende bastante que no haya venido hoy.

—¿En serio? —Jordan parecía escéptico—. Vuk odia las fiestas. Estoy seguro de que cree que el séptimo círculo del infierno es una gala de etiqueta con música en directo.

Reí.

—No sé. Este año ha ido a muchos más eventos. Hasta lo mencionaron en *Mode de Vie*, en el perfil que le hicieron el mes pasado.

—Cierto, pero dudo que vaya a convertirse en una costumbre. Vuk hace lo estrictamente necesario para los negocios y punto. Una fiesta de cócteles en una azotea con jardín no entra dentro de ese abanico de circunstancias. —Jordan soltó un taco—: Mierda. Mi abuela ya vuelve a asesinarme con la mirada. Voy a buscar a alguien «importante» con quien hablar antes de que me apuñale con un picahielo. Me da a mí que no podremos volver a estar juntos en lo que queda de fiesta, no vaya a ser que nos acuse de no estar haciendo bien de anfitriones.

—Pues sí... —Nos dimos la mano solemnemente y arrugamos la boca en un intento por contener la risa—. Buena suerte, soldado —le dije—. Nos vemos en el otro lado.

Jordan respondió mediante un escueto saludo militar con solo dos dedos. Desapareció entre la multitud y yo le di un último sorbo a la bebida antes de acercarme a Stella Alonso y su marido.

De camino, pasé por el lado de Orla y las palabras que me había dicho antes me retumbaron por la mente: «Hacéis una pareja preciosa. Y sé que lo cuidarás bien».

Agradecía mucho que se sintiera de esta forma, de verdad. Mucha gente le tenía miedo a esta mujer (y es que podía darlo); en privado, en cambio, era una persona mucho más cálida de lo que los demás la creían capaz.

Le devolví la sonrisa e ignoré la pizca de culpabilidad que sentí momentáneamente en el estómago.

Tener el beneplácito de Orla era un logro inmenso, pero me daba la impresión de que su bondad se reduciría al mínimo si descubriese la verdad: que mi compromiso con su nieto no era más que una farsa tan grande como una catedral.

2

Ayana



Ese viernes, tal y como le había prometido, me personé en el bistró donde Jordan había reservado mesa. La comida estaba riquísima pero, por desgracia, cuando la persona que tienes sentada delante te odia, disfrutar de la cena resulta complicado, por más que estés en un restaurante con estrella Michelin.

No lo dijo, claro, pero yo *notaba* que todo él emanaba animosidad por los poros. Y tuve que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para no estremecerme ante su furiosa mirada.

Le di un sorbo al agua e intenté evitar el contacto visual con él mientras, a mi lado, Jordan iba hablando sobre no sé qué de la boda.

—Ya tenemos confirmado el castillo en Irlanda, cortesía de los Katrakis —comentó sin percatarse de la sofocante tensión que se cernía sobre la mesa—. Setecientos invitados. Cinco días en el campo. Y, después, la ceremonia etíope en Estados Unidos. Será el bodorrio del año; estamos entusiasmados. ¿Verdad que sí, cielo?

—Entusiasmadísimos. —Sonreí.

Con solo imaginarme que tendría que pasar una se-

mana entera con setecientas personas a quienes a duras penas conocía, me entraban ganas de hacerme un ovillo, esconderme en alguna parte y morirme. Y eso sin contar los cientos de asistentes a quienes mis padres iban a invitar al convite que *ellos* me habían organizado en Washington D. C.

Aun así, yo tenía que hacer de prometida enamorada. Formaba parte de nuestro acuerdo. Jordan tenía que casarse con alguien para asegurarse de que iba a recibir la herencia, y yo necesitaba el dinero para poder deshacerme del contrato que había firmado de joven con tal de ayudar a mi familia y sin ser consciente de que dicho contrato me robaría hasta el alma.

Cinco millones de dólares por adelantado para cinco años de mi vida, además de otros cinco millones más cuando Jordan consiguiera la herencia. El acuerdo nos beneficiaba a los dos.

Teniendo esto en cuenta, ¿a qué venía esa incomodidad cada vez que pensaba en la ceremonia?

—Casi todos los invitados han confirmado asistencia —anunció Jordan por encima del ruido del restaurante—. Que, por cierto: gracias por haberte ocupado de organizar la despedida de soltero. Ya sé que... no te apasionan las fiestas. Silencio.

Siempre había silencio.

Al final auné la valentía necesaria para desviar la vista hacia el otro lado de la mesa, donde el padrino de Jordan se erguía cual montaña inamovible de puro músculo y cicatrices.

Vuk Markovic.

Director ejecutivo de Fincas Markovic, presidente del comité de gestión del Club Valhalla y, seguramente, la persona más intimidante que había conocido en toda mi vida.

Con su metro noventa y ocho, era mucho más alto que yo incluso estando sentados. La expresión seria de sus labios y aquella despiadada cicatriz que le partía la cara en dos (de no ser por dicha cicatriz, su belleza sería apabullante) le daban un aire de peligro sigiloso; no obstante, lo que hacía que a mí se me pusiera la piel de gallina eran sus ojos.

Fríos. Imperturbables. De un azul tan claro que parecían hasta blancos.

Cruzamos la mirada un segundo antes de que Vuk desviara la vista hacia Jordan otra vez y respondiera con unos bruscos movimientos con la mano.

Aprendí lenguaje de signos en el instituto, después de que mi tía perdiera la audición, así que entendía a Vuk perfectamente.

—*Soy tu padrino. Es mi trabajo.*

No era la respuesta más alegre del mundo, pero es que me resultaba imposible imaginarme a Vuk expresando entusiasmo alguno por nada. El hombre era como un cubito de hielo.

—Ya lo sé, pero bueno... —dijo Jordan—. Te lo agradezco. Te lo agradecemos los dos.

Me apretó la mano con ternura por encima de la mesa y yo volví a sonreír falsamente.

Aquí no había nada que ver. Dos personas más a punto de casarse y que estaban perdidamente enamorados el uno del otro. Evidentemente.

A Vuk le latió un músculo en la mandíbula.

Nuestros ojos volvieron a encontrarse y yo tuve que enfrentarme a otro escalofrío.

Ni Jordan ni yo le habíamos contado a nadie lo de nuestro acuerdo. Era demasiado arriesgado. Había millones de dólares en juego, literalmente, y el destino de estos dependía de

lo bien que supiéramos vender nuestra relación. Por más que yo detestara esconderle secretos a mi familia, *necesitaba* ese dinero.

Sin embargo, en ocasiones, Vuk nos miraba, me miraba, como si...

El estridente sonido de una llamada entrante me sacó de mis cavilaciones.

Jordan hizo una mueca.

—Disculpad, tengo que cogerlo. —Apartó la mano de la mía y se levantó—. Enseguida vuelvo. Si viene el camarero, yo no quiero postre, ¿vale, cielo?

—*Sip*. Perfecto. —Ojalá mi respuesta hubiese sonado natural y para nada forzada.

A pesar de que cuando hablábamos entre nosotros la conversación fluía fácilmente, la necesidad que teníamos por convencer al mundo de que éramos una pareja feliz nos creaba cierta tensión siempre que interactuábamos delante de los demás.

Cuando Jordan se hubo ido, Vuk y yo volvimos a sumirnos en el silencio.

—Bueno —tercié alegre deseando, no por vez primera, que Jordan hubiese elegido a un padrino menos aterrador—. ¿Qué tienes pensado para la despedida de soltero? ¿Póquer? ¿Estriptis? Sé sincero, que no me ofenderé.

No quería hablar de la boda, pero dudaba que tuviéramos nada más en común.

Vuk me miró con frialdad. Estaba sujetando la copa con una mano y tenía la otra apoyada encima de la mesa. Este hombre no había entablado ni una sola conversación conmigo desde que nos conocimos hacía más de un año. Y yo dudaba que esto fuera a cambiar hoy.

«Bueno, pues vale». Supongo que Vuk tampoco quería hablar de la boda.

Contuve las ganas de suspirar, me llevé algo de ensalada a la boca y la mastiqué con poco entusiasmo.

Acababa de obligarme a tragar la comida cuando una familia de tres pasó por nuestro lado. La hija, que debería de tener unos siete u ocho años, se detuvo y miró a Vuk boquiabierta.

—Mamá, papá, miradle la cara —dijo susurrando, aunque, como estaba a menos de treinta centímetros, la oímos a la perfección—. ¿Qué le ha pasado?

—No te quedes mirando —la reprendió su padre—. Es de mala educación.

—Pero ¡mira qué cicatrices! Son asquerosas —dijo la niña marcando bien esa última palabra.

—¡Emily! —La madre fulminó a su hija antes de mirarnos avergonzada—. Lo siento mucho. Es... —La estrepitosa risa proveniente de una mesa de al lado ahogó el resto de la disculpa de la mujer.

Esta misma colocó una mano sobre el hombro de su hija y se apresuraron a salir del restaurante. El padre las siguió por detrás, asegurándose de no mirar a Vuk.

Noté el frío metal del tenedor en la palma de la mano. No me había dado cuenta de lo fuerte que estaba agarrando el utensilio, así que me vi obligada a relajar un poco el puño.

Vuk, en cambio, no se había movido ni un ápice. De no ser por cómo apretaba los labios, de forma prácticamente imperceptible, habría pensado que no había ni oído a la niña.

¿Debería ocurrirle a menudo, que la gente se lo quedase mirando y susurrase abiertamente, como para que se mostrara tan impasible?

El enfado que había sentido yo antes fue cediendo hasta convertirse en compasión. Como no sabía si debía mencionar algo de lo ocurrido, dejé que el silencio siguiese abrién-

dose paso entre nosotros mientras valoraba qué decir a continuación.

Además de la cicatriz en la cara, Vuk también tenía marcas de distintas quemaduras en el cuello. Se le apreciaban por debajo del cuello de la camisa y, a pesar de que no eran extremadamente visibles, sobresalían lo suficiente como para que una persona de a pie se detuviera a mirarlas.

De todos modos, aquella niñita se había equivocado. No eran asquerosas; simplemente eran una parte de Vuk. Había quien tenía pecas o lunares; él tenía cicatrices.

Vuk apretó aún más los labios y, con unos movimientos lo suficientemente bruscos como para derrumbar cualquier cosa, signó:

—Si tanto te molesta mi físico, podemos terminar la cena antes. No querría que perdieras el apetito.

Me ruboricé en el acto. Me mortificó que me pillara mirándolo (que era justamente lo que acababa de suceder con aquella niña pequeña), pero la suposición que acababa de hacer sobre mi persona me irritó.

¿En serio me veía tan maleducada y superficial como para que lo juzgara descaradamente por su apariencia mientras cenábamos?

—No estaba mirándote por tu físico —le conté—. Estás sentado delante de mí. Es normal que te mire. Ni siquiera estaba pensando en ti —añadí haciendo especial énfasis en el verbo.

Lo cual era una mentira como una catedral, pero no iba contarle lo que pensaba realmente. Me daba la impresión de que, si algo detestaba Vuk más que la mala educación, era que lo compadecieran.

Arqueó muy sutilmente una ceja.

—Va en serio. —Levanté la barbilla—. Estaba pensando en... Irlanda. Y en que tengo muchas ganas de ir allí.

No parecía impresionado en absoluto.

—*Ya has estado ahí antes.*

Ahora, quien arqueó las cejas fui yo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Me pasé un verano estudiando en Dublín, antes de que me reclutaran y dejara Howard para dedicarme a mi carrera como modelo a tiempo completo. No era ningún secreto, pero tampoco es que fuera *vox populi*.

Tras una breve pausa, Vuk respondió:

—*Me lo comentó Jordan.*

Arrugué la frente. No recordaba haberle contado nada de Dublín a Jordan, pero igual me equivocaba. El último año y medio había sido semejante locura que a duras penas me acordaba de cómo fue mi vida antes de aceptar la propuesta de Jordan para que nos casáramos por conveniencia.

El compromiso estaba durando mucho, pero iba a casarme con el heredero de Jacob Ford. La gente esperaba una boda fastuosa y este tipo de celebraciones no se organizan de la noche a la mañana.

La ceremonia estaba prevista para febrero; aún faltaban seis meses. Pasada esa fecha, yo recibiría mis primeros cinco millones de dólares y por fin podría irme de la agencia con la que trabajaba.

Bastante me habían arrebatado ya, y no me refiero solo a mi dinero: también me habían robado el alma. Como perdiera alguna otra parte de mí, no me quedaría nada.

—¿Vendrás acompañado a la boda? —le pregunté a Vuk.

A pesar de lo pública que era su figura como director ejecutivo de gran envergadura, era una persona reservada como la que más.

Sabía que Vuk había nacido en Serbia y que su familia vino a Estados Unidos cuando él tenía diez años. Estudió Ingeniería química en la universidad, donde conoció a Jor-

dan, con quien compartió habitación durante los dos últimos años de carrera.

Había quien le llamaba El Serbio porque, según comentaban, detestaba que lo llamasen por su nombre de pila; aun así, a mí me daba la impresión de que no era más que un rumor. Jordan siempre lo llamaba Vuk y él nunca había dicho nada al respecto.

Eso era todo cuanto sabía yo de él.

En internet no había absolutamente nada acerca de la vida personal de Vuk y yo sentía una extraña curiosidad acerca de su vida amorosa.

No lo había visto nunca de cita, pero era un hombre rico, soltero y con poder: tenía la santa trinidad en sus manos, según dirían la mitad de las mujeres de Manhattan. Seguro segurísimo que quedaba con alguien, aunque fuese sin compromiso.

Una emoción que no supe identificar le atravesó el rostro y contestó:

—*Puede.*

—Esto apenas cuenta como respuesta.

—*Si tuviera otra, ya te la habría dado.*

Lo fulminé con la mirada.

—¿Te pone ir de duro o es que te sale de forma natural?

—*Ambas.*

Me sentía tan frustrada que se me escapó un sutil gruñido.

A Vuk se le encorvaron los labios. Si le hubiese ocurrido a cualquier otra persona, habría pensado que acababa de sonreír, pero la simple idea de que Vuk Markovic sonriera resultaba tan descabellada que estaba convencida de que había sido fruto de mi imaginación.

—Me...

Una ráfaga de aire interrumpió mi respuesta, que de buen seguro habría sido ingeniosa como la que más.

—Disculpad —dijo Jordan, que parecía que se hubiese quedado sin aliento, mientras volvía a sentarse en su silla. Me había centrado tanto en aquella conversación con Vuk que ni siquiera había notado que se nos acercaba—. No pensaba que la llamada fuese a durar tanto.

—¿Va todo bien? —me interesé.

Jordan arrugó la frente y vi que tenía el pelo enmarañado. Antes lo llevaba bien peinado, de modo que intuí que se lo habría estado toqueteando con la mano.

—No del todo... —dijo tenso—. Es mi abuela. Tenías razón. No va... demasiado bien. Tengo que ir mañana a verla a Rhode Island.

Tras la fiesta del martes, Orla había regresado a la finca que tenía en Newport.

—¿Qué quieres decir con que no va demasiado bien? —pregunté preocupada.

—No lo tengo muy claro. Su criada solo me ha dicho que debería ir a verla lo antes posible.

La cosa no pintaba bien.

Me mordí el labio inferior. Yo no mantenía una relación estrecha con la familia de Jordan, pero tampoco es que quisiera que le pasara nada a su abuela.

Si nos habíamos comprometido, había sido por esa mujer. Orla ya se había cansado de esperar a que su único nieto sentara la cabeza, así que el año pasado le dio un ultimátum a Jordan: o se casaba en los próximos veinticuatro meses y *permanecía* casado, por lo menos, cinco años, o destinaría toda la fortuna familiar a obras benéficas.

Toda: los ciento veinte millones de dólares enteritos.

No hace falta ni decir que Jordan vino a mí unos días más tarde con la propuesta que ya conocéis. Yo acepté y aquí estamos.

—*Tengo que ir mañana a verla a Rhode Island.*

De repente, asimilé lo que significaban sus palabras.

—Si tienes que irte mañana...

—No podré acompañarte a la cata de tartas —dijo con tono de disculpa—. Lo siento muchísimo. Sé que te costó muchísimo que nos dieran cita.

Mañana teníamos que volar a California para encontrarnos con Sammy Yu, cuyas tartas nupciales se habían convertido en un distintivo de clase social para los entendidos en la materia. Novias de todo el país esperaban meses y meses para conseguir cita y probar tartas. Había parejas que reservaban un viaje entero a San Francisco solo para poder reunirse con él.

—No, tranquilo. —Sacudí la cabeza—. Pediremos que nos la cambie de día. Tu familia va primero.

—Dudo que pueda darnos otra cita para antes de la boda. Bastante justos vamos ya y, como no sirvamos una tarta de Sammy Yu en el convite, mi madre se pondrá hecha una fiera. —Jordan se frotó la cara con la mano—. Lo peor es que quiere pillar el *jet* para ir a Rhode Island, o sea, que no podrás utilizarlo para viajar a California. Y no quiero que tengas que hacer la cata sola. No sé si... —Desvió la vista hacia el otro lado de la mesa.

De repente, el terror se apoderó de mí. «No».

—Vuk, sé que lo que te voy a pedir es pasarse ya, pero ¿te importaría llevar mañana a Ayana a San Francisco? —le preguntó Jordan con cierto tono de súplica en la voz—. Tienes el *jet* en Nueva York, ¿no? Es solo el fin de semana. Te devolveré el favor.

Eché mano de todas mis fuerzas para volver a mirar a Vuk.

Aquella pizca de calidez que tal vez se le hubiese apreciado antes en el rostro había desaparecido. Ahora, Vuk parecía una estatua de piedra. Tenía la boca cerrada en una fina línea

recta y se quedó mirando a Jordan como si este le hubiese pedido que se arrancara la piel y la convirtiera en una alfombra sobre la cual pudiese desfilarse yo.

Vale, au. Sabía que no le caía bien, pero tampoco tenía que aterrarse de esa forma con solo imaginarse teniendo que viajar conmigo.

—Por favor. No confío en nadie más para que vaya con Ayana y ya sabes cómo es mi madre —señaló Jordan—. Como no consigamos esa maldita tarta, me lo repetirá hasta el fin de sus días.

Sin mirarme siquiera, Vuk signó:

—*Que coja el jet. No hace falta que la acompañe yo.*

Se me erizó la piel. A pesar de que le agradecía la oferta (más o menos), no me gustaba nada que hablase así de mí, como si yo ni siquiera estuviese presente.

—No necesito ningún *jet* —terció—. Puedo comprar un billete e ir en un avión comercial como cualquier otra persona.

—Es demasiado lío —argumentó Jordan—. El lunes por la mañana tienes que estar aquí y, con los fallos informáticos que ha habido últimamente, se han cancelado un montón de vuelos. —Volvió a dirigirse a Vuk—: Dos días. Ya está. Sabes lo que me gusta de comer y lo que no, o sea, que puedes reemplazarme sin problemas en la cata y así Ayana no tendrá que volar sola.

Hice una mueca. Que volar me daba ansiedad no era ningún secreto; sin embargo, me pareció un detalle muy íntimo que tampoco había que compartir con Vuk.

Absolutamente todo me parecía demasiado íntimo como para compartirlo con él.

Arrugó la frente a más no poder. Si antes se había mostrado molesto, ahora ya estaba irritado como el que más.

En parte, esperaba que fuera a decir que no. Vale, volar en privado me resultaba muchísimo más llamativo que tener

que tomarme un Valium antes de subirme a un avión atiborrado de gente, pero es que Vuk y yo nunca habíamos estado los dos a solas.

Incluso ahora, rodeados de decenas de comensales en uno de los restaurantes más de moda de la ciudad, este hombre conseguía hacerse con todo el oxígeno del local. Su presencia era como un agujero negro: poderosa, ineludible y tan absorbente que todo lo que tenía alrededor se reducía a la nada.

Con una expresión más fría que el hielo, signó:

—*Vale. Iré. Pero solo este fin de semana.*

—Genial. —El alivio de Jordan se podía palpar—. Gracias, tío. —Volvió a darme un apretón en la mano—. Qué bien, ¿a que sí, cielo?

—Súper. —Sonreí con tanta fuerza que incluso me dolieron las mejillas.

Si en lugar de modelo fuese actriz, me habrían despedido aquí mismo. Por suerte, Vuk no reparó en mi penoso intento por fingir entusiasmo, porque el tío seguía ignorando mi presencia.

Era como si el regreso de Jordan hubiese activado algo. Como si Vuk hubiese pasado de mantener una conversación conmigo (por así decirlo) a ignorarme por completo.

Vale. Podía lidiar con eso. Prefería estar en compañía de alguien que guardaba silencio que con alguien que no entendía qué eran los límites.

Además, estábamos hablando de una cata de tartas. Tampoco es que Vuk fuera a acompañarme a comprar lencería nupcial.

Se trataba de ir a California, pasar el fin de semana allí y volver. Sería fácil.

Alargué el brazo para volver a coger el agua, y mi anillo de compromiso, que era absurdamente opulento, centelleó

bajo las luces del restaurante. No era para nada mi estilo, pero Jordan había insistido en que tenía que ser ostentoso «por una cuestión de apariencias».

Vuk entornó los ojos. Estudió fijamente el diamante y luego levantó la vista para mirarme a mí.

Volví a notar cómo se me erizaba la piel.

«Fácil». Tragué saliva. El agua sabía a metal. «Seguro».